

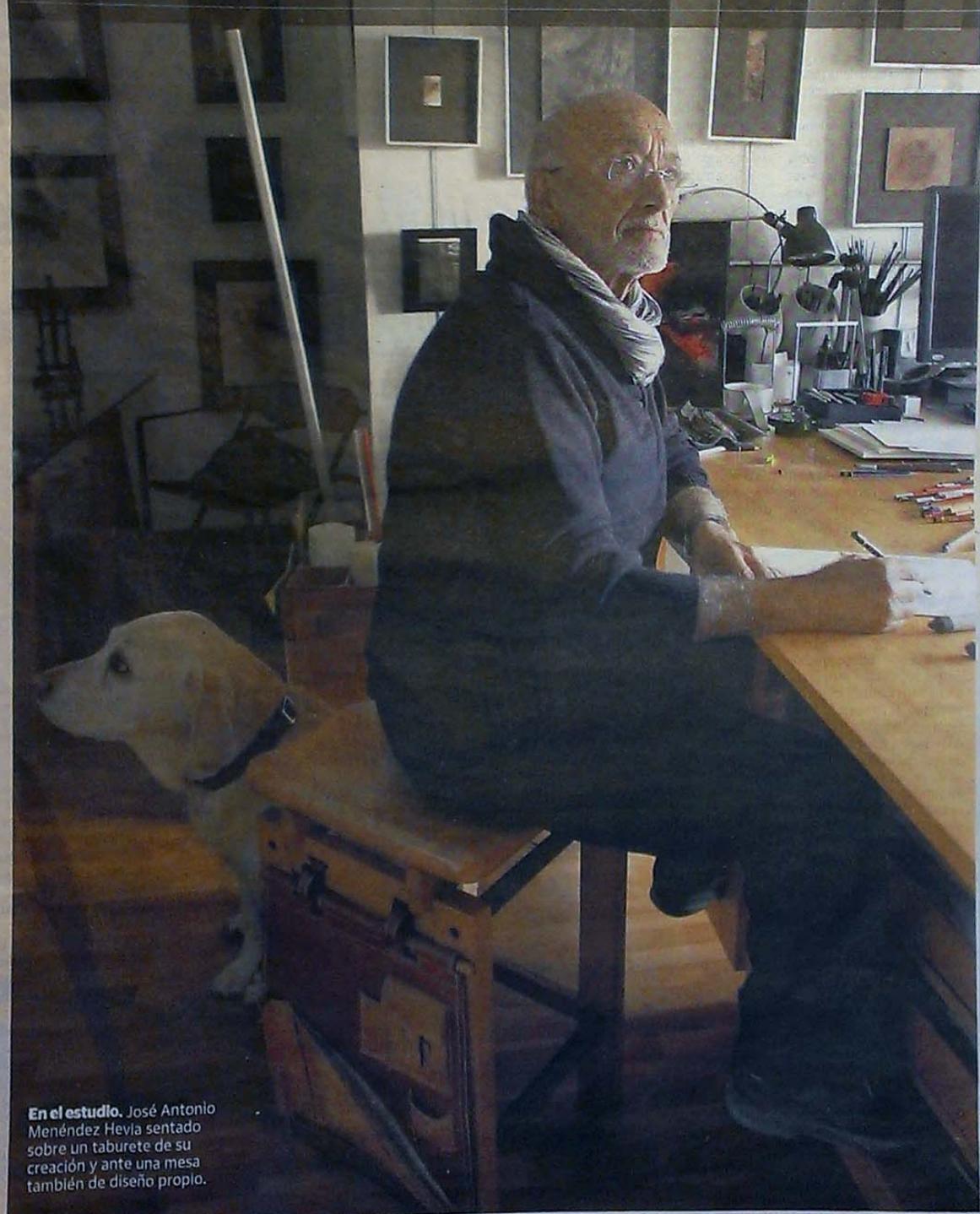


PACHÉ MERAYO

MARIO ROJAS

Escenografía íntima

Menéndez Hevia, creador de miles de espacios interiores y decenas de miles de objetos funcionales, invierte ahora su más de medio siglo de oficio en la pintura



En el estudio. José Antonio Menéndez Hevia sentado sobre un taburete de su creación y ante una mesa también de diseño propio.

Tiempo atrás miraba al mar. La luz del Gantábrico chocaba contra sus viejas contraventanas, enmarcando una pintura negra de Sanjurjo que hoy observa, en lugar de olas, el centro de la ciudad. José Antonio Menéndez Hevia (Oviedo, 1938), diseñador de diseñadores, creador de los interiores que abrieron ya en la década de los sesenta la puerta de la modernidad -inyectada con sutileza, funcionalidad, emoción y potencia a partes iguales-, ha dejado su estudio de Gijón (ese estudio que perseguían las revistas de decoración) y se ha ido a Oviedo. A un lugar más recóndito, lleno de comisuras y de sorpresas. Allí está su cuna y allí están ahora él y su escenografía más íntima. Sus recuerdos de más de 50 años de oficio. También su destino en cientos de herramientas. Un ordenador bajo el sol de la ventana y varios más en una habitación contigua menos iluminada le conectan con el mundo y con su dimensión de diseñador, que mantiene despierta entre prototipos de la Bauhaus y retratos de familia. Pero el abrazo que envuelve a Menéndez Hevia todo el día es el de la pintura. A ella, este interiorista que ha llevado siempre en sus entrañas un dibujante anónimo y que se sienta a meditar en un taburete de Le Corbusier, dedica ahora sus emociones. En la pintura vierte la realidad que conoce, la organicidad que le seduce, su discurso de la abstracción y las sensaciones viajadas. Le delatan las paredes repletas, aunque ahora algo más deshabitadas porque prepara exposición en el Museo Barjola, la que le presenta como creador plástico implicado en la inversión de nuevas técnicas junto a su compañera en las artes, Nina Gronn. Le delatan también los pinceles, buriles, retacadores, los difuminos de evocación renacentista, las rasquetas, los lápices de miles de colores esparcidos por la mesa. Una mesa de su creación, como el taburete que le eleva ante ella (todos de la serie Pablo's). Revelan a voces su vertiente pictórica también las manifestaciones ajenas y con ellas las admiraciones. A Dürer y Sorolla, colgados en una sala que su ingenio ha dado doble función -de estudio y de descanso-. A Melquíades Álvarez, Farreras y sobre todo a Nina Gronn, desplegadas todas sus obras por el resto de las estancias, que también rinden tributo a la escultura. La galería que linda con el estudio principal lo es de luces y de artes. Maojo, José Luis Sánchez, Canónigo y otros muchos artistas le miran desde fuera. Él lo hace desde dentro.